

Alejandro Obregón, auténtico creador de formas inéditas de expresión

RAMON ALBERTO PEREZ*

En el panorama de la pintura latinoamericana de esta segunda mitad del siglo, el nombre de Alejandro Obregón se destaca con relieves propios, hasta constituirse en uno de los más destacados representantes de su país, con proyección internacional suficiente como para sumarse a la corta nómina de aquellos maestros que dieron forma a las vanguardias artísticas contemporáneas en esta parte del mundo. Obregón, con Botero, su compatriota genial, no desmerecen en nada al americanismo de figuras como Orozco, Rivera, Siqueiros o Cuevas en México; Portinari en Brasil; Lam en Cuba; Matta en Chile; Soto en Venezuela; Pettoruti, Spilimbergo, Badii, Kósice y los mejores representantes de las generaciones del 40 y 60 en nuestro país, en cuanto artistas que por distintos rumbos concurren a fundar los cimientos de una plástica latinoamericana, en plena pujanza.

Como ellos, Obregón es un auténtico creador de formas inéditas de expresión plástica, representativas de un americanismo esencial, según lo han reconocido sus muchos panegiristas, y es frecuente que esas sus virtudes se perciban o evidencien no sólo en su temática —entendida ésta más que como anécdota, como verdad interna del cuadro— sino, también, la calidad, el sentido y la interrelación de los elementos de la obra de modo de fundar, simultáneamente,

* Crítico de arte, argentino, reseña el libro del poeta y crítico J. G. Cobo Borda, *Obregón*, publicado por el Ministerio de Comunicación de Colombia.

conjuntos compositivos y gamas coloridas emanados de aquellos universos indefinibles, que al fin concluimos por denominar “el color de la tierra”. Para este caso, el color de América.

En propuestas estéticas del género aludido, Obregón se presenta como uno de los maestros latinoamericanos de características definidas. Marta Traba, la especialista argentina radicada en Colombia, que tanto estudió el arte y la cultura de dicho país, muestra analizando la obra de Obregón, como éste, luego de bucear en las diversas orientaciones pictóricas de su patria y de su tiempo asume, casi sorprendentemente, un americanismo fundamental, con una temática de relieves épicos, que se expresa, sin vacilaciones, mediante la creación de climas plásticos que se le corresponden en vinculaciones directas. Color de significaciones trágicas saturando formas en las cuales se destacan los violentos escorzos y los angustiantes conglomerados angulares. Acaso no haya nada tan típico en esa actitud de Obregón frente a América, si incluimos el período de las violaciones y las violencias, que aquel denominado de “Los cóndores” realizado por el maestro con profundo amor y sorprendente dedicación a la captación profunda de los distintos elementos del tema. Empeñado en pintar sólo sus vivencias o aquellas cosas que le pertenecen por experiencia y contiguidad, cuando sintió la necesidad de pintar cóndores como símbolos de la tierra, entendió que no podría hacerlo sin conocer de cerca al sujeto de su interés plástico. Lo encontró en un Zoológico de Bogotá: le acarició la cabeza calva; intentó arrancarle un pluma de la cola y recibió violentos picotazos que le dejaron huellas que conserva aún. Así se cumplió la misteriosa comunión del hombre con el pájaro heráldico de América y de allí salieron muchos de los momentos más destacados de un arte, que Cobo Borda describe en este libro —una monografía no muy extensa aunque sí bien documentada— poniendo el acento en las vinculaciones de la particular estética obregoniana con la revolución cultural de Colombia, concretada en los años 50-60 cuando se produjo el comienzo de la asimilación de las vanguardias plásticas extranjeras, originando luego una corriente de arte nacional de definidos caracteres.

En la cuidada cronología que completa este ensayo se informa que Obregón nació en junio de 1920 en Barcelona, España. Sus padres lo llevaron muy niño a Barranquilla. Cobo Borda lo sigue en sus primeras etapas de formación humana y artística, antes de encarar, con maestría, el análisis de las distintas etapas de su arte. Se detiene en sus momentos de mayor tensión describiéndolo con párrafos

que evocan las intensidades plásticas del maestro. El resultado es un libro que bien vale la pena leer. Se encuentran en él juicios como éstos:

La gente, que a veces necesita olvidar para continuar viviendo, perdona con frecuencia. El arte no. Es ira fría. Por ello estos cuadros, social, humana y artísticamente, nos llevan, como todo arte serio, a preguntarnos, no por asuntos de estética, sino si todavía tenemos derecho a aspirar a una existencia menos paranoica que ésta, o si tal utopía también se halla cancelada. Ellos nos conciernen en una medida mayor de lo que parece: ¿Habrà todo transcurrido en vano —la educación, la ciencia, los beneficios de una naturaleza pródiga y de un sistema *sui géneris*—, o allí, a través de tantas grietas abiertas, todo asomo de civilización se extingue de nuevo? Estos cuadros, algunos logrados, otros fallidos, sin remedio, nos preguntan, con sencillez esquemática, si preferimos la paz a la guerra, la vida a la violencia.

Un libro interesante que ayuda a conocer mejor aspectos poco frecuentes o inéditos de la plástica latinoamericana. J.G. Cobo Borda, su autor, ha sido agregado cultural de la embajada de Colombia en Buenos Aires.